

EL HOMBRE DE LA ESQUINA 5

Ronald Armando Sichaca

Cat - Ibagué

He despertado esta mañana con la impresión más extraña, abrí los ojos y pensé que debía mirar por la ventana y ahí estaba él. La esquina de la calle 5 es una esquina cualquiera. En las noches queda vacía y la alumbra una que otra bombilla; por lo que parece un poco más tenebrosa de lo que en realidad puede ser, está bordeada por árboles, pues es la esquina de un parque como muchos otros de esta enorme ciudad con muchos parques.

En la madrugada las personas salen de sus casas y van a sus trabajos de afán, corriendo como todos los días menos los domingos. Incluso los sábados se pueden ver automóviles que transitan por la calle sin dejar de pulular de un lado a otro en una sinfonía de motores acelerados, pitidos y llantas que rechinan contra el asfalto. La esquina de la calle 5 es como cualquier otra esquina, el parque como cualquier otro parque, pero él, él es como ningún otro hombre que haya visto nunca jamás en aquella esquina.

En realidad al abrir los ojos esta mañana tuve la sensación más extraña, miré por mi ventana y allí estaba él en aquella esquina. Apareció en algún momento seguramente de la noche mientras dormía, predije su extraña figura, y noté su extraña forma lánguida; parece estar meditando con la cabeza mirando al piso, la espalda encorvada y sus pies firmes contra el suelo, parece estar allí anidado, sin moverse un solo milímetro y sin ninguna razón. Pensé entonces que era uno más de todos los que en la mañana habitan la esquina 5, pero al paso de dos horas allí estampillado al piso con forma de tres y figura lánguida, observé entonces, más a fondo, y noté su rostro con las primeras claridades del día, parece ser que la

barba empieza a ganarle espacio en su rostro, y sus cabellos están un poco desajustados, por lo demás pudiese decir que se parece a cualquier otro escualido que habita la esquina en la mañana. Pensé entonces que al rato, si volvía a ver ya se habría ido, pero me equivoqué...



Otras dos horas pasaron y al volver a ver por la ventana seguía allí como suspendido en el tiempo, parecía que el mundo seguía su curso, pero el hombre parecía estar en su propio tiempo; sin afán, sin prisa, tan solo con sus pies firmes como esperando lo que jamás va a llegar, pero aun así esperando. Caí en cuenta entonces de algo que tal vez no había percibido por la simplicidad del sujeto y la complejidad de mirar siempre la misma esquina con los mismos habitantes taciturnos. Tenía en su mano derecha una bolsa sujetada a su cuerpo, como si de ello dependiera su vida. Hubiera podido decir que era precisamente la bolsa la que sostenía al hombre, pues parecía que la bolsa permanecía sin más, inmóvil, y que el hombre aún con la inclemencia del viento no se moviera más que ella.

-Es probable que un hombre pierda cuatro horas de su vida en una esquina, pero muy seguramente no perderá seis- eso pensaba yo, más no solo perdió seis, sino diez, doce y a las catorce ya estaba tan sorprendido que no podía dejar de mirarle por la ventana tan solo para sentir el placer de saber que se había ido, que había desistido, que se había abandonado, que había sido cobarde y no había logrado hacer de aquella esquina común y corriente una historia que contar. Pero no lo hizo, se mantuvo y no solo eso, parecía simplemente ser un árbol más, siempre mirando al piso pareciendo haberlo perdido todo, con su espalda encorvada y su mano derecha sosteniendo la bolsa, o tal vez la bolsa sosteniendo su mano y sosteniéndolo a él mismo, era difícil saberlo pues ni una ni otra cedían un milímetro.

Los pies anclados en el piso, la barba asomándose por su piel desvencijada, ese cabello enmarañado, la ropa similar a mucha de la gente que pasaba por allí, y sus zapatos sin alguna gracia en particular pueden hacerle pensar a uno que un hombre no puede perder dieciséis horas de su vida en una esquina. Pero tal vez no tenía nada que perder más que el tiempo supongo. Y aun así, de qué manera lo pierde, como todo un profesional,

como un maestro en la perdida deliberada del tiempo, tanto así que incluso el mismo tiempo, pienso ahora; jamás podrá vencerle, pues para él es lo mismo un minuto a una hora, una hora a catorce o un año a mil.



Qué puede ser aquello que guarda en su bolsa, cuál será el motivo que le obliga a quedarse en esa, que era como cualquier otra esquina hasta que aquel hombre llegó y se adueñó no solo de ella, sino del tiempo, y las miradas, y el sol, y todo a su alrededor. Que es lo que necesita un hombre para ser visible pienso ahora, que necesita para anclarse al piso fuerte, para mirar al suelo y dejar que el tiempo pase en su rostro y ser lánguido, y tomar un objeto en su mano y hacerlo suyo, y conquistar un pequeño espacio, y convertir una esquina cualquiera en la esquina 5 en donde de pie murió un hombre sin más motivos que vivir a plenitud en medio de tanta gente como un ser único...